

LUGAR: CAPÍTULO SOBRE PCP-SL

EL CASO DE LOS ASHÁNINKAS DE LA SELVA CENTRAL

La selva central del Perú es el territorio tradicional de los pueblos asháninka, yánesha y nomatsiguenga. A partir de sus investigaciones, la CVR considera que de 55 mil asháninkas fallecieron alrededor de 6 mil; cerca de 10 mil fueron desplazados forzosamente en los valles del Ene, Tambo y Perené; y cerca de 5 mil fueron en algún momento cautivos del PCP-SL. Asimismo, durante los años del conflicto armado interno desaparecieron entre 30 y 40 comunidades asháninkas.¹

ESCENARIOS DEL CONFLICTO ARMADO INTERNO EN LA SELVA CENTRAL

En la selva central se distinguen cuatro grandes zonas que vivieron el conflicto armado interno de manera diferente. La primera es la meseta del Gran Pajonal (Ucayali), habitada por el pueblo asháninka, y donde el PCP-SL fue rechazado de manera categórica. La segunda corresponde a la provincia de Oxapampa (Pasco), habitada por colonos y asháninkas; el MRTA tuvo allí una fuerte presencia. Sin embargo, a principios de 1990, militantes de esa organización «ajusticiaron» a Alejandro Calderón, *pinkátzari* (gran jefe) y presidente de la *Apatyawaka Nampitsi Asháninka* (ANAP), por supuesta complicidad en el asesinato de Guillermo Lobatón, jefe guerrillero del MIR, ocurrido en 1965. La muerte de Calderón provocó la formación de un «ejército asháninka». El MRTA reconoció su error y se replegó de la región, limitándose luego a acciones aisladas en las ciudades, o ataques a cuarteles del Ejército. La tercera zona coincide en líneas generales con la provincia de Chanchamayo (Junín). Allí cohabitan colonos, asháninkas y yáneshas. El MRTA tuvo también allí una mayor actividad, llegando a desplazar al PCP-SL, cuya presencia se limitó a acciones esporádicas. La cuarta zona corresponde a la provincia de Satipo (Junín), donde el PCP-SL tuvo una larga presencia. En Satipo podemos distinguir tres subzonas:

- La primera corresponde, en gran medida, al territorio de los distritos de Río Negro, Satipo y Mazamari, e incluye las principales ciudades de la provincia conectadas por la carretera Marginal y su *hinterland* rural. Existen allí numerosas comunidades asháninkas y nomatsiguengas, así como asentamientos de colonos mestizos.
- El distrito de San Martín de Pangoa, conectado con el distrito de Río Tambo a través de la parte alta de la cuenca del río Ene. Allí se concentra la mayor parte de las comunidades nomatsiguengas.
- El distrito de Río Tambo, donde el 97% de la población es asháninka y el resto colonos. Los ríos Ene y Tambo vinculan a todas las comunidades. El Ene constituye un corredor fluvial

¹ En 1995, la Coordinadora Nacional de Derechos Humanos publicó un informe sobre la desaparición de estas comunidades.

entre Ayacucho y la selva central, pues es continuación del río Apurímac que bordea la ceja de selva de Ayacucho. Este texto se centra en lo sucedido en los ríos Ene y Tambo.

PRIMERAS ACCIONES DEL PCP-SL

Desde la década de 1960, muchas familias asháninkas bajaron por el río Apurímac hacia el Ene, huyendo de la presión de los colonos sobre sus tierras en la selva de Ayacucho. Años después, llegaron también colonos que se dedicaron al cultivo de la hoja de coca en la margen izquierda del valle, formando un Comité de Colonización del río Ene. Confundidos entre los miembros de este Comité, llegaron los primeros miembros del PCP-SL que se vieron reforzados a principios de la década de 1980 cuando un importante contingente ingresó al valle, huyendo de la contraofensiva militar en Ayacucho.

Entre 1985 y 1988, los mandos senderistas comenzaron a asesinar a supuestos delincuentes o «soplones» en los poblados de colonos del Ene. La reacción de los asháninkas fue una mezcla de temor y atracción, pues muchos colonos eran considerados como invasores o gente de «mal vivir», que traía consigo el narcotráfico, la prostitución y el abuso. Por esos años, el PCP-SL expulsó a los grupos de narcotraficantes del valle.

Como en otras partes, inicialmente los mandos senderistas ayacuchanos convocaron de modo clandestino a algunos profesores y promotores asháninkas, que se caracterizaban por un mayor nivel de instrucción, contactos con la ciudad y movilidad por la zona. A partir de 1988, las visitas se volvieron más regulares. Para 1989, la presencia del PCP-SL era generalizada y abierta. Los mandos colonos llegaban cada fin de semana para coordinar y «concientizar» a las autoridades comunales.

OTICA, EL PAPEL DE LOS LÍDERES EN LA SIMPATÍA INICIAL HACIA EL PCP-SL

HP, líder de Otica, destacaba como promotor de salud y como laboratorista. Por ello, viajaba frecuentemente a distintas comunidades de los ríos Tambo y Ene. A mediados de la década del 80, *HP* fue captado por el PCP-SL. Gracias a su credibilidad en Otica, *HP* ganó la simpatía de los comuneros hacia el PCP-SL: «*HP* nos hablaba que había esa política para los pobres, que todo podía ser diferente [...]».²

El 29 de octubre de 1987 se produjo la primera incursión del PCP-SL en Otica. Saquearon la posta y la casa de los trabajadores de dos ONG. Inicialmente, Otica rechazó estas acciones. Sin embargo, *HP* los convenció de que había sido un «error» del PCP-SL.

Ese mismo año, *HP* fue elegido presidente de la comunidad. A partir de entonces, *Javier*, mando político del PCP-SL y compadre de *HP*, comenzó a visitar Otica. Ambos realizaban un trabajo de «politización» en cada clan familiar. Luego comenzaron a llegar otros dos mandos colonos, que daban charlas. Después de unos meses, *HP* informó a las familias que el PCP-SL

² CVR. Entrevista a Carlos. Otica, septiembre de 2002.

iba a crear un «nuevo estado» y que la comunidad tenía que aceptarlo. «Él era el jefe, él decía, uno tenía que aceptar. ¡Cómo no vas a aceptar si es el jefe!».³

No todos los asháninkas aceptaron la presencia del PCP-SL. Muchos no entendían su ideología. Algunos, que habían vivido en las ciudades, dudaban de sus promesas. Otros, que se habían enterado de los asesinatos cometidos por el PCP-SL en Ayacucho, sentían temor. Para entonces, la mayoría de colonos que no simpatizaban con el PCP-SL ya había abandonado el valle. Para los asháninkas, el desplazamiento no era una opción, pues no tenían familiares en las ciudades. Además, tradicionalmente, los asháninkas prefieren buscar refugio en «el monte» antes que vivir en la ciudad. Por último, el PCP-SL había cercado la zona, cerrado los aeropuertos y restringido el acceso fluvial.

Para controlar a las comunidades, el PCP-SL usó diversos mecanismos. Uno de los principales fue el miedo: «[...] el que no quiere estar con el partido le vamos a matar». ⁴ Los «mandos» y los simpatizantes actuaban como los «mil ojos y mil oídos del partido». Un clima de desconfianza se expandió dentro de las comunidades, e incluso dentro de las familias. Además, el PCP-SL convenció a los asháninkas de que los militares iban a matarlos. De esa manera, logró aislarlos física y psicológicamente. Luego, comenzó a reclutar niños entre 10 y 15 años. Hacia 1989, el PCP-SL ya había conformando dos comités populares en Otica:

La gente no se trataban, *nosháninka*,⁵ sino como «compañero». Cuando a mí me llamaron compañero, me enojé, pero la gente se acostumbraba a decir así. Uno dijo así: estamos en el nuevo estado.⁶

Durante 1989, el PCP-SL incrementó sus incursiones y saqueos en las comunidades, especialmente donde había misiones, proyectos de desarrollo o comerciantes. El 13 de febrero de ese año, el PCP-SL asesinó a Isaías Charete, presidente de la Organización Central Asháninka del río Ene (OCARE) —federación que agrupa a todas las comunidades de ese valle—, en la comunidad nativa Tzomaveni.

EL ÉXODO DE CUTIVIRENI

Desde 1988, EL PCP-SL adoctrinaba a la población y reclutaba jóvenes en Cutivireni. Las incursiones, saqueos, secuestros de jóvenes y asesinato de opositores se multiplicaron, hasta que los asháninkas que no se habían plegado al PCP-SL huyeron al monte, a una parte alta llamada Tzibokiroato. Sin embargo, allí también fueron atacados en varias ocasiones. El 14 de noviembre, el PCP-SL asesinó a seis comuneros en Cutivireni.

En septiembre de 1991, 169 asháninkas, con el apoyo del padre franciscano Mariano Gagnon, párroco de la misión, fueron trasladados por vía aérea al otro lado de la cordillera del Urubamba, a territorio matsiguenga. Allí encontraron refugio en la comunidad de Kiriketi, donde

³ CVR. Reunión con mujeres. Otica, noviembre de 2002.

⁴ CVR. Entrevista a Ernestina. Puerto Ocopa, noviembre de 2002. Mujer de 30 años aproximadamente.

⁵ *Nosháninka* significa amigo, hermano asháninka.

⁶ Varón 36 años. Testimonio recogido por el CAAAP. Puerto Ocopa, 2000.

posteriormente crearon una nueva comunidad autónoma. Actualmente, un grupo sigue viviendo allí, mientras que otro se ha reubicado en el río Tambo.

Del mismo modo, en 1991, el Ejército instaló en Cutivireni una base militar y se formó un comité de autodefensa. Cutivireni se convirtió en lugar de refugio o «núcleo poblacional», llegando a recibir a más de dos mil asháninkas desplazados.

LAS RONDAS, «EJÉRCITOS» O COMITÉS DE AUTODEFENSA

Hacia fines de 1990, el PCP-SL controlaba todo el río Ene y la parte alta del río Tambo, hasta el codo que forma el río frente a la comunidad de Poyeni. A esa zona se le comenzó a llamar «la frontera», porque allí se formó el denominado «ejército asháninka» o ronda de Poyeni.

La creación de «ejércitos» constituye una práctica tradicional de los asháninkas. Esta vez, todos los varones adultos pasaron a conformar las rondas nativas, comités de autodefensa u *ovayeriite*.⁷ En el valle del río Ene, las rondas dependían directamente del Ejército y de las rondas de colonos. En el río Tambo funcionaron de manera más autónoma. Allí cada comunidad organizó su propia ronda y todas contribuían al comité central de autodefensa. Por ello, el PCP-SL no pudo seguir avanzando por el río Tambo y Poyeni pasó a ser la «frontera».

LOS MÁRTIRES ASHÁNINKAS DEL RÍO TAMBO

Desde fines de 1989, un grupo de dirigentes de la Central Asháninka del Río Tambo (CART) tenía la idea de formar un «ejército asháninka» para oponerse al PCP-SL, pero no lograban concretarlo pues *HP*, también dirigente de la CART, era mando senderista.

En 1990, el VI Congreso de la CART expresó oficialmente su rechazo al PCP-SL. En pleno Congreso, un contingente de sesenta senderistas, entre colonos y asháninkas al mando de *HP*, ingresó a la comunidad de Mayapo donde se realizaba el evento. La mayoría de delegados logró escapar, con la excepción de Pablo Santoma y de dos dirigentes invitados: Óscar Chimanca (de la Confederación Nomatsiguenga y Asháninka del Pangoa, CONOAP) y Dante Martínez (de la Confederación de Nacionalidades de la Amazonía Peruana, CONAP). El PCP-SL los capturó y llevó río arriba, a la comunidad Anapati, donde fueron ejecutados. Cuentan que: «Pablo Santoma estaba tranquilo, tomaba masato y cantaba; mi suegro Andrés Torres le dice: "Por qué no te escapas, nadie te vigila". Pablo le responde: si me escapo te culparán a ti de haberme dejado escapar y te podrían matar a ti y a tu familia. Si voy a morir, debo hacerlo solo, por mi pueblo». Así, Santoma, Chimanca y Martínez se convirtieron en los mártires asháninkas de la lucha contra el PCP-SL. Sus nombres son recordados en todos los congresos.

Estos hechos precipitaron la formación de un ejército asháninka bajo el liderazgo de la comunidad de Poyeni, que se convirtió en refugio para los asháninkas que buscaban protección. El 23 de septiembre de 1990 se creó el Comité Central de Autodefensa y Desarrollo Asháninka n.º 25, reconocido por el Ejército. El primer presidente fue Emilio Ríos, quien adoptó el nombre

de combate *Kitóniro* (Escorpión). Durante cuatro años, el Comité jugó un papel importante en la organización y liderazgo de las comunidades del Bajo Tambo.

Durante 1990, los asháninka atacaron varias veces a la «fuerza principal» del PCP-SL, pero los senderistas se replegaban hacia el monte, llevando compulsivamente consigo a sus «comités de base». Desaparecieron así 14 de las 35 comunidades asháninkas de la zona del alto Tambo y todas las 30 comunidades del río Ene. Cerca de 10 mil asháninkas fueron conducidos al monte por el PCP-SL o huyeron.

EL «NUEVO ESTADO»: LA VIDA DE LAS «MASAS» EN EL MONTE

En el monte, el PCP-SL reagrupó a los asháninkas en lugares preparados de antemano, algo alejados de los ríos y elevados, para una mejor vigilancia. Las comunidades se dividían en grupos más pequeños llamados «pelotones». Dos o tres pelotones conformaban un «comité popular». Cada familia tenía una choza, y el conjunto de éstas formaba una especie de círculo. Los pelotones contaban con un ambiente para centralizar los alimentos y una especie de cancha donde se realizaban reuniones y ejercicios. A unos quince minutos de camino se ubicaba un puesto de vigilancia. Cada semana se cambiaban las claves de identificación que permitían el ingreso o la salida del pelotón.

El día comenzaba a las 3:00 a.m. Los mandos despertaban a la «masa» que se aseaba y arreglaba sus pertenencias en canastas: «listos para escapar si venían los miserables [del Ejército]». Luego, las mujeres preparaban la comida. Estaba prohibido hacer fuego durante el día, para evitar ser detectados. La comida era servida a las 5:00 a.m. Primero comían los mandos: «Cuando [los mandos] comen una cucharada, dicen "¡viva Gonzalo!" y recién vienen los demás [la masa] a servirse»⁷. Los «mandos» se servían lo mejor, mientras la «masa» comía en muchos casos: «sopa aguada nomás, hoja de *chalanca* nomás comían, tierra, hasta culebra». Desde las 8:00 a.m. hasta las 3:00 p.m. la «masa» trabajaba en las chacras y regresaba hacia las 5:00 p.m. Mientras tanto, los enfermos y ancianos fabricaban púas o armas. Los productos de la jornada —yuca, pescado— eran entregados a los mandos para ser centralizados y posteriormente distribuidos.

Para los niños de ocho a diez años, funcionaba durante una hora diaria una «escuela popular», donde les enseñaban: «la sujeción y respetar al Presidente Gonzalo, [la] autocrítica y sujetarse al partido y Presidente Gonzalo, *osheki* [bastante] canciones». Los niños mayores o «pioneros» tenían una hora diaria de entrenamiento militar. Tenían armas rudimentarias, generalmente arcos y flechas. En el mejor de los casos, tenían escopetas viejas. Sólo los «mandos» poseían revólveres, fusiles FAL y ametralladoras AKM.

Al terminar la jornada, comían y se bañaban. A las mujeres las obligaban a trenzarse el cabello, a la usanza de las colonas de la sierra. Todos debían usar ropas limpias: «harapientas, no importa, pero limpio». En los primeros meses, la jornada terminaba con una reunión de la

⁷ Nombre dado a las rondas en el Pangoa por la organización indígena Kanuja.

⁸ CVR. BDI-P737. Entrevista en profundidad. Varón, poblador de Quempiri.

familia. A veces cantaban huaynos de la sierra con letras en castellano, enseñados por los senderistas. Conforme la situación en los comités se fue deteriorando, se restringieron las reuniones familiares y las visitas. Incluso las manifestaciones de tristeza o la falta de apetito eran reprimidas: «[...] cuando están pensativo, te dice: "¿n qué estás pensando, seguro piensas escapar!"».⁹

Durante las reuniones semanales convocadas por la «fuerza local», los presentes «acusaban» las faltas cometidas por otros miembros del pelotón, incluso de su propia familia. Todos sabían hacer la «autocrítica»:

Aprendimos a la fuerza. Hacía saludar a su presidente, sujeción única al presidente Gonzalo: «Pido la palabra, compañeros. Partiendo con mi más alta sujeción al maestro y guía, querido y respetado presidente Gonzalo, que es el jefe de nuestro partido y revolución». Si no cumples [las tareas], hablas de lo que piensas y sientes, uno mismo se critica: «soy vago, ocioso, ¡qué diablos, a veces pienso! Eso es toda mi palabra». Tres veces nomás puedes hacerlo, a la tercera aplican violencia.¹⁰

En ese contexto, se desarrollaron distintas formas de resistencia. Algunos recurrieron al humor: «Uno sufría solo en el monte, sin que lo vieran, para evitar los castigos».¹¹ Cuando podían, escondían alimentos para comerlos después con su familia.¹² Otros ocultaban a sus hijos en el monte para evitar que los lleven a «guerrear». Cuando iban a cumplir con sus tareas aprovechaban para verlos. Esto implicaba un gran riesgo y podía conducir al castigo físico, o incluso la muerte. Cuando el PCP-SL «aplicaba violencia» a los infractores, soplones o «individualistas»¹³ se les colocaba al centro de un círculo y se elegía a algún miembro de la «fuerza principal» para asesinarlo con una soga o con un cuchillo. Aunque la mayoría de estos asesinatos no eran presenciados por la «masa», los mandos obligaban al pelotón, y especialmente a la familia, a festejar la muerte, a reír, tomar masato y dar vivas al partido y al presidente Gonzalo.

El número de muertes por desnutrición y enfermedades también fue alto: «[...] ya no había que comer, ya no comían ni sal [...]. A veces comían tierra los niños y bastantes morían».¹⁴ En algunos casos, los difuntos eran arrojados en fosas comunes: «Hacían hueco hondo, o roca con hueco, ahí los tiraban [...]».¹⁵ Llegaron a vivir: «[...] como chanchos, escondidos bajo el monte, durmiendo en el barro y comiendo sopa aguada [...]».¹⁶ «Eras como

⁹ Testimonio recogido por el CAAAP. Puerto Ocopa, 1994.

¹⁰ Informante mujer de 48 años. Testimonio recogido por Leslie Villapolo (CAAAP). Puerto Ocopa, 1995.

¹¹ CVR. Entrevista a Carlos. Otica, septiembre de 2002.

¹² CVR. BDI-P. Entrevista en profundidad. Mujer, pobladora de Quempiri.

¹³ El PCP-SL denominó «individualistas» a los que no cumplían con la norma de «centralizar» todo el fruto de su trabajo en la chacra, pesca u otras actividades de recolección para luego ser redistribuido a la «masa». También era «individualista» aquél que no quería participar en las faenas grupales encomendadas por los mandos.

¹⁴ CVR. BDI-P737. Entrevista en profundidad. Quempiri, septiembre de 2002. Varón de 40 años aproximadamente.

¹⁵ CVR. Entrevista a Ernestina de 32 años aproximadamente. Puerto Ocopa, noviembre de 2002.

¹⁶ Mujer de 28 años. Testimonio recogido por el CAAAP. Puerto Ocopa, 2000.

un animal, ya no hay familia, a veces te hace matar a tu familia, a tu hijo, porque ya no es tu familia. Esa es orden del pueblo, mentira, esa es orden de él mismo [mando senderista]». ¹⁷

Entre 1992 y 1993 se incrementó el número de asháninkas que huían. Algunos tuvieron que dejar a sus familiares más débiles o pequeños. Además, tenían que superar el temor al Ejército y a los ronderos inculcado por el PCP-SL para acudir a las comunidades de refugio o «núcleos poblacionales». Los fugitivos apelaban al conocimiento del medio para sobrevivir en el monte o a la interpretación de los sueños para decidir cuándo escapar, cuándo callar, qué decir. Los escapes masivos fueron menos frecuentes.

ESCAPE DE LOS COMITÉS POPULARES WACAPÚ Y VISTA ALEGRE DE OTICA

En febrero de 1993, *Máximo* y *Javier*, mandos de los comités de base Wacapú y Vista Alegre decidieron huir con sus respectivos grupos. «Había miedo —cuenta Javier—. Como todos se acusaban, no le contamos a nadie. Sólo le dijimos a los hombres que hagan las balsas y que las oculten en el monte... y les dijimos que no cuenten ni a sus mujeres ni a los niños, a nadie [...]» ¹⁸.

La noche en que habían decidido fugarse llegó la «fuerza local» al mando de *Jesús*, hermano de *Javier*. El senderista se dio cuenta de las intenciones de su hermano y lo quiso acusar. Ante este peligro, *Javier* ató a una mujer ayacuchana que llegó con la «fuerza local», mientras otro grupo se llevaba a *Jesús*. Cuando *Javier* llegó a la playa encontró a su hermano muerto: «Lo miré y tuve que seguir adelante nomás... Nos escapamos y ya no pensé hasta después». ¹⁹

La comunidad recuerda este hecho de otra manera: *Javier* mató a su hermano para que puedan escapar. Por ello es visto como el «salvador» del grupo: «*Jesús* llegó a la playa, y *Javier* tuvo que matarlo para que no nos delate [...]» ²⁰. La noche anterior habían soñado con el color blanco, que era una buena señal. Escaparon aproximadamente 187 personas hacia Poyeni. «Tuvimos suerte porque ese día corrió viento y empujó las balsas [...] llegamos a Poyeni [...]» ²¹. Los que no huyeron fueron unos 147, entre adultos y niños.

Ante las fugas, los mandos senderistas comenzaron a separar a los miembros de las familias, de modo que si alguno intentaba escapar, tomaban represalias contra los que quedaban. Se multiplicaron los ajusticiamientos. Paralelamente, entre 1991 y 1993 se incrementaron los operativos conjuntos entre el Ejército y los ronderos en los valles del Tambo y del Ene. A través de esos operativos se fue recuperando de manera paulatina a numerosos asháninkas secuestrados por el PCP-SL. Sólo en 1993 fueron rescatados cerca de tres mil asháninkas en el valle del Ene.

¹⁷ Varón de 41 años. C.N. Testimonio recogido por el CAAAP. Puerto Ocopa, 2000.

¹⁸ CVR. Entrevista a Javier. Camino de Puerto Ocopa a Satipo, diciembre de 2002.

¹⁹ *Ibíd.*

²⁰ CVR. Entrevista a Carmen. Otica, septiembre de 2002.

²¹ CVR. Entrevista a Máximo. Otica, septiembre de 2002.

LOS «NÚCLEOS POBLACIONALES»

Las personas que escapaban o que eran «recuperadas» fueron llevadas a «comunidades de refugio» o «núcleos poblacionales»²² como Puerto Ocopa, Poyeni y Betania en la cuenca del río Tambo; y Cutivireni y Valle Esmeralda, en la cuenca del río Ene. En muchos casos, los «recuperados» fueron sometidos a intensos interrogatorios por parte de los militares.

Las condiciones de hacinamiento, aislamiento, escasez de recursos y hostigamiento del PCP-SL, hicieron difícil la supervivencia en esas comunidades. Ningún comunero podía alejarse de las casas sin protección. Actividades usuales como la pesca, caza o agricultura, se vieron restringidas y tenían que realizarse siempre bajo la protección de las rondas. El hacinamiento aceleraba la propagación de enfermedades como el cólera, la tuberculosis y la malaria. Muchos fallecieron, especialmente ancianos, mientras que varias familias jóvenes huyeron al monte buscando su libertad. También se multiplicaron las tensiones y conflictos, solapados o explícitos, entre familias provenientes de diferentes comunidades, o debido al grado de simpatía o de rechazo que habían tenido hacia el PCP-SL.

LA MARGINACIÓN DE OTICA EN POYENI

Cuando los refugiados de Otica llegaron a Poyeni, los ronderos dejaron entrar al grupo porque entre ellos tenían conocidos. «Cuando llegamos ya estaba ahí mi compadre, él me reconoció y me defendió de los ronderos [...]. Por eso nos dejaron entrar».²³ De no ser así, «[...] los ronderos hubieran dado muerte a los hombres y mujeres mandos, como lo hicieron con los refugiados que llegaron de otras comunidades [...] nosotros veíamos pasar después los cuerpos flotando en el río [...]».²⁴

La base de la Marina en Atalaya envió un destacamento que interrogó al grupo de Otica y lo ubicó en diferentes «sectores» de la comunidad, aunque algunas personas rotaban periódicamente para ser vigiladas. Los huérfanos fueron repartidos en diferentes casas y muchas veces fueron maltratados, presentándose incluso casos de violación sexual.

Los otiqueños recibían un trato discriminatorio en el reparto del apoyo recibido de instituciones públicas o privadas. La gente de Poyeni los estigmatizaba como terroristas y sentía temor de que Otica se organizara para atacarlos, pues sospechaban que éstos seguían con el PCP-SL. Ese temor persistió aun después de que la población de Otica retornó a sus propias tierras.

El conflicto armado interno produjo trastornos demográficos. Creció la proporción de mujeres y niños, pues muchos varones murieron en enfrentamientos. Muchos ancianos murieron

²² El término «núcleo poblacional» fue acuñado por algunos estudiosos debido a que la legislación internacional no reconoce la existencia de «refugiados internos» sino tan solo de «desplazados».

²³ Testimonio del mando político del Comité de Base Wacapú. Otica, noviembre de 2002.

²⁴ Información proporcionada por una profesional que trabajó en la comunidad en la década del 90. Lima, noviembre de 2002.

en las «bases de apoyo» o en los «núcleos poblacionales», reduciendo la ya escasa expectativa de vida. Algunas tareas agrícolas propias de los varones adultos tuvieron que ser asumidas por las mujeres, recargando sus tareas en la familia y en la comunidad. Los varones adultos también vieron su trabajo recargado por sus tareas como ronderos. Por la mortandad sufrida, el número de ronderos era reducido. Hacia 1993, había en el Ene unos quinientos ronderos, mientras que en el valle del Tambo superaban los mil, número relativamente pequeño para una población de aproximadamente 20 mil personas. Sin embargo, toda la comunidad colaboraba en las tareas de autodefensa.

En muchos casos, la población civil tuvo que pagar un alto precio por el apoyo militar. La mayoría de militares provenía de la costa o de la sierra y desconocía las costumbres de la selva. Muchos abusos se cometieron por razones de intolerancia cultural. Con frecuencia, algún militar se aprovechaba de las mujeres o de los recursos y bienes de la comunidad. Por la existencia de guarniciones militares dentro de algunos «núcleos poblacionales», las fronteras entre la vida civil y la militar se volvieron difusas. Así, los ronderos tenían que formarse, izar la bandera y cantar el himno nacional todos los días, a las 6 a.m. y a las 5 p.m. Esta militarización se aprecia incluso en el lenguaje utilizado por los ronderos, docentes y autoridades, así como en la formas de resolver conflictos.

EL RETORNO

Hacia 1995, el PCP-SL se replegó hacia el río Ene. En el río Tambo, conforme crecía el clima de tranquilidad, se inició el proceso de retorno desde los «núcleos poblacionales» hacia los lugares de origen. En muchos casos, los que volvían no eran los mismos que habían huido en años anteriores. Muchos habían muerto, otros habían huido al monte o hacia comunidades más lejanas. Algunos decidieron quedarse en las comunidades que los habían acogido y otros, en fin, decidieron seguir a sus nuevas parejas o familias.

En algunos casos se trasladaron comunidades enteras sin contar con recursos adecuados para su subsistencia y su reasentamiento; en otros, se produjo un retorno gradual, asegurando condiciones mínimas para el reasentamiento; varias comunidades contaron con el apoyo de instituciones externas. El más eficaz ha resultado el retorno gradual liderado por la misma comunidad retornante.

Las casas y chacras de las comunidades originales habían sido destruidas por el PCP-SL o por el paso del tiempo. En muchos lugares, el bosque había devorado las áreas de cultivo. En 1994, la CART se reactivó y organizó su VII Congreso. Recién en ese momento, las rondas de Poyeni y Puerto Ocopa se conocieron y unificaron. A partir de 1995 se comenzó a normalizar el tránsito terrestre y fluvial. Hacia fines de la década, algunas familias pudieron retomar sus cultivos orientados al mercado como el café e incipientes actividades de comercialización. Retornaron ONG, pero también empresas madereras y petroleras, y grupos de colonos. En muchos casos, estos procesos han reabierto antiguos conflictos y han generado nuevos.